

ADIÓS ESTATUA TONTA

Anocheecía. Parpadeaban las primeras estrellas mientras yo continuaba allí sentado, esperando que ocurriera lo que durante tanto tiempo había deseado. Se levantó una brisa agradable y fresca que reconfortó las horas de espera sobre aquel banco de madera. Se estaba bien y, aunque el parque al anochecer se convertía en un lugar poco recomendable, decidí quedarme. Fui un cabezota y prometí que no me movería de mi lugar estratégico hasta que no consiguiera mi propósito ante la batalla personal que había emprendido contra el mundo.

Durante la noche me envolvieron los mosquitos y los murciélagos sobrevolaron mi cabeza observándome. De madrugada, un grupo de adolescentes se acercó. Dos se sentaron uno a cada lado, tres se situaron enfrente de mí, y dos más se colocaron a la espalda. Me dijeron que qué pintaba yo en su territorio. Les contesté que esperaba. Entonces, me volvieron a preguntar que qué esperaba, y yo les respondí, que esperaba que alguien me ayudara. ¿Ayudarte a qué “tronco”? Ayudarme a hacer una cosa sobre la cual yo era incapaz de hacer, expliqué. “Tio”, estás chiflado. ¿Quieres que te ayuden porque sí? ¿Pero en qué mundo vives “colega”? Vámonos, dijeron. Este “tipo” está “pirado”. Y me dejaron, solo.

Empezaron a llegar las primeras luces del alba. Los pájaros se iban despertando; las farolas se fueron apagando; los sonidos de la noche se retiraban mientras daban paso al bullicio de un nuevo día. Y yo continuaba en mi emplazamiento. Mi terquedad hizo que cesara la sensación de hambre y la de sed. Me mantenía a la defensiva y aquella situación de alarma causó que cesara también la necesidad de expulsar los desechos líquidos y sólidos de mi cuerpo. Estaba en guerra y debía economizar al máximo todo lo que me sirviera para sobrevivir. De esta forma me mantuve durante el resto de la jornada hasta que llegó de nuevo la oscuridad.

Pasaron las semanas, los meses, los años... Empezaron a cubirme los excrementos de las aves hasta convertirme en una especie de castillo de arena *gaudiano* de aquellos que construyen los niños en la playa cuando escurren entre los dedos de las manos la sustancia pastosa en un hilillo, y se acumula en grumos uno encima del otro para formar torres puntiagudas. El ácido del guano fue absorbiendo la humedad de mi organismo. Al principio, mi piel comenzó a arrugarse como una uva pasa. Más adelante, esta piel se convirtió en una capa quebradiza que se despegaba y salía volando cuando azotaba en viento. La lluvia, las ratas y los años se encargaron de convertirme en un montículo de polvo. Un día se acercó un perrito a olerme. Su hocico fresco y fisgón provocó al tocarme ligeramente que me desintegrara. Entonces, regresó la brisa que me acompañó el primer día en que me senté en este lugar, y esparció mis cenizas a su antojo.

Mi cuerpo ya no existía, pero sí mi espíritu. Ya nadie me podía ver, aunque tampoco lo hicieran cuando estaba vivo. Ningún ser reparó en mi falta, solo unos niños que pasaban siempre por allí para ir al colegio, se les ocurrió grabar con un punzón unas palabras de despedida en el respaldo de madera. Parecía un epitafio: "Adiós estatua tonta", escribieron. A los pocos días vino la brigada de limpieza del Ayuntamiento. Rascaron la basura acumulada, lijaron la dedicatoria, pulieron la superficie y la pintaron de color marrón. Barrieron alrededor de mi asentamiento, luego rociaron todo con desinfectante y se marcharon. Entonces yo también me marché, contento, para no volver nunca más.